

de piedras preciosas (1). Iba conducida por tres reinas, la de Francia, la de Escocia y la de Navarra, y seguida de sus doncellas vestidas de raso violado con ribetes de hilillo de oro, y de las princesas y damas de la corte con sus doncellas vestidas de librea. El cortejo desfiló partiendo del Louvre á Nuestra Señora, y haciendo al pueblo las acostumbradas larguezas.

Era el 22 de junio de 1559: algunos días después se había helado súbitamente esta alegría. Enrique II, que era más apto para caracolear en un torneo que para dirigir á los negociadores de un tratado de paz, había de romper tres lanzas contra tres adversarios en la fiesta preparada para el 29 de junio: corrió primero contra el duque de Saboya, luego contra el de Guisa y en fin contra un hijo del conde de Lorges. Este último se llamaba el capitán Montgomery de la guardia escocesa, y aunque muy mozo, era alto y vigoroso (2), y su bote de lanza derribó al rey sobre la silla. Rotas las tres lanzas, según el programa de la función, el mariscal de Vieilleville, que había de reemplazar al rey, se adelantó para ocupar su puesto, pero Enrique II se siente humillado, y quiere romper otra lanza contra el joven capitán.

Está nervioso, y apartando vivamente al mariscal, da orden á Montgomery para tomar campo y volver á comenzar. Parten al galope los dos campeones y rompen sus lanzas; pero el capitán se olvida de arrojar á tierra el trozo de lanza que conserva enristrado, y chocando con el rey, le rompe la visera del casco con tan mala suerte que le entró una astilla en la frente por encima del ojo derecho. Suelta las bridas el rey y cae sin sentido; llévanselo al momento, lo desembarazan de la armadura, y se ve que la herida es pequeña, pero el herido no vuelve en sí. Los cirujanos no pueden extraer la astilla, y para estudiar prácticamente el caso, hacen que se les entreguen cinco ó seis condenados, á quienes matan claván-

(1) Guisa. *Memoires-Jornaux*.

(2) Ms. Rec. of., n.º 902, Throckmorton to the queen. Esta relación está conforme con la de Carlois, el autor de las *Memorias de Vieilleville*.

dolés astillas en la frente (3); disecan luego sus cabezas y no aprenden nada. Felipe II envía á su cirujano el ilustre Vesale, que llega el 5 de julio (4), demasiado tarde para curar un mal agravado ya después de siete días: el rey muere el 9. Tres días después se ejecutaban tres protestantes como para celebrar sus funerales, según sus últimas voluntades (5).

Ya era tiempo de que Felipe pensara también en sus deberes de protector de la Iglesia. No sin inquietudes se decidía á salir de Flandes; pero antes de alejarse de allí, quiso dejar recomendaciones contra los herejes. Intimó á los estados provinciales á mostrarse solícitos en vigilar si por todas partes se hacían las ejecuciones con todo rigor, sin respetar á nadie de los que pudieran ser siquiera sospechosos de creer en los artículos de Lutero, y si los jueces usaban de disimulación ó connivencia. Designó como regente de los Países Bajos á la duquesa de Parma con el cardenal Granvela por principal consejero, y finalmente dió instrucciones para hacerse á la vela con rumbo á España el 8 de agosto. El día señalado estaba todo á bordo, hasta el vino, hasta la cama del rey, cuando llegó á la escuadra una contraórden (6). Esta vez no retuvieron á Felipe las preocupaciones políticas, ni los escrúpulos de conciencia; fué sólo «el loco de Nostradamo, que con sus pronósticos de tempestades y naufragios para el mes de agosto había llevado el terror al ánimo de los navegantes.» (7). La partida se realizó por fin el 23 de agosto (8), y Felipe desembarcó en España el 8 de setiembre (9).

(3) Stevenson, pról. al t. II del *Calendar foreign Elizabeth*, p. 48.

(4) Ms. Rec. of., n.º 950, Throckmorton to Cecil, 8 julio 1559. Vese por esta carta que Ruy Gomez llegó á Paris el 5 de julio y no con el duque de Alba, para la ceremonia del casamiento, como han creído muchos historiadores.

(5) Ms. Rec. of., n.º 987.

(6) Ms. Rec. of. n.º 1168. Challoner to Cecil.

(7) Ibid. n.º 1258. «The foolish Nostradamus with his threats of tempests and shipwrecks this month, did put these sailors in a great fear.»

(8) Ibid.

(9) Gachard. *Corresp. de Felipe II*, tomo I, pag. 187.—Ms. Rec. of. n.º 1354. Este desembarco fué positivamente el 8 de setiembre, y no el 29 de agosto, como dicen en su mayoría los historiadores.

## CAPÍTULO IV

## LAS COSTUMBRES É IDEAS RELIGIOSAS DE ESPAÑA EN EL REINADO DE FELIPE II

ABATIMIENTO DE LOS REINOS ESPAÑOLES.—ASPEREZA DE LAS COSTUMBRES.—LA VIDA PRIVADA.—PREOCUPACIONES RELIGIOSAS.—SANTA TERESA.—LA COMPAÑIA DE JESUS.—LA INQUISICION.—DOMINACION DEL REY POR LA INQUISICION.—LUCHAS DE LA INQUISICION CONTRA EL CLERO.

## I.—Abatimiento de los reinos españoles

Aquel príncipe, que retardaba su partida por una ocurrencia de Nostradamo, que toleraba en Inglaterra los herejes, los dejaba á sus anchas en Ginebra y los protegía en Escocia, tan luego como arribó á España se mostró el más implacable de los perseguidores, autorizó con su presencia las ejecuciones en hoguera y persiguió con su odio á los prelados á quienes miraba con malos ojos la cábala investida con el poder de apreciar la fe. Cambio tan brusco no puede explicarse sino por la situación moral y religiosa del país á que volvía Felipe II. Hay que entrar con él en ese mundo pintoresco y olvidado.

La nación no había podido vivir y crecer sino á condición de sus porfiadas luchas contra los musulmanes almoravides, almohades, benimerines: estas guerras entre enemigos de raza y de religión habían arruinado las ciudades, taldado los bosques, destruido las antiguas vías de los romanos y las recientes obras de irrigación de los moros, á la vez que habían endurecido los corazones y enseñado el menosprecio del trabajo pacífico. «España, fuente de orgullo en un valle de miseria,» decía tristemente un inglés (1); todos los extranjeros estaban sobrecojidos ante el espectáculo de esta desconsoladora pobreza; era un desierto lo que atravesaban para ir á la corte, y tenían que ir provistos de víveres, y que acampar todas las noches bajo una tienda y hacerse preceder de guías por llanuras incultas y desfiladeros inhabitados (2). El mismo rey, cuando iba de una á otra capital, no encontraba en el camino alojamiento ni comida (3); las

posadas de los pueblos ocupadas por los maleantes arrieros y las sucias criadas que describe Cervantes, no tenían más que sillas rotas y ventanillas abiertas á todos vientos (4), carnes podridas y huevos gárgoles (5). Cuando los campos están abandonados, las ciudades están hambrientas: la idea del hambre está presente en todos los espíritus; corre peligro de morir de inanición el que no es religioso, soldado ó paje; los narradores de cuentos están seguros de despertar el interés cuando pintan el hambre y los ingeniosos recursos que ella inspira; saben que cada cual ha visto y acaso pasado estos sufrimientos.

Quien no ha vivido entre famélicos hallará sin duda frío el chiste del rústico á quien un hidalgo pondera el buen temple de su espada.—Cortaria con esta hoja una vedija de lana, dice el soldado.—Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras, contesta el otro (6). El pan era un regalo suficiente para mantener despierto una noche en peso al niño que no estaba acostumbrado á saborearlo (7).—No se tiene todos los días pan y nueces.—Hay más días que longanizas, dicen los refranes (8). El hábito de la sobriedad contraído desde la infancia viene á ser en el soldado español una cualidad que admira á los capitanes extranjeros. «Son pacientes de hambre,» concluye Brantome (9) después de haber citado raros ejemplos de su aptitud para soportar privaciones. Al propio tiempo lo que más los admira á ellos mismos fuera de su país es la abundancia de buena comida. «Sus festejos se

(4) Don Mariano José de Larra, *En este país*, 1833.

(5) *Guzman de Alfarache*, el *Lazarillo de Tormes* y demás novelas contemporáneas.

(6) «Veisla aquí; yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana.—Y yo dije entre mí: Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras.»

(7) «Leonardillo, come este pan poco á poco y en acabándosete, despiértame.» *La Pícaro Justina*, por Francisco Lopez de Ubeda.

(8) «No todas veces pan y nueces.—Hay más días que longanizas.»

(9) *Baladronadas españolas*.

(1) Ms. Rec. of. foreign Elizabeth, n.º 959 del 26 de marzo de 1562. Challoner to Cecil.

(2) *Relaz. ven. Andrea Navagero*. Véase también á Guicciardini, la *Legazione di Spagna*. Firenze, 1864.

(3) *Anales del año ochenta y cinco* en el que el rey Católico se fué á Monzon; compuesto por Enrique Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del cuerpo real. Ms. publicado en Madrid por orden del ministro de la Gobernación, 1876.

reducen á comer y beber, exclaman observando á los ingleses: beben más cerveza que agua contiene el río de Valladolid (1).» Lo que al rededor de la reina de Inglaterra consumen los palaciegos y damas de honor es un objeto de envidia: «Se comen diariamente en palacio de ochenta á cien carneros, y cuenta que sus carneros son más grandes y gordos que los nuestros; una docena de vacas que son gordísimas, unas veinte terneras, y caza mayor y volátiles y conejos sin número (2).»

En España una libra de carnero vale catorce maravedís; una libra de vaca diez y seis (3). No es muy caro, porque el maravedí es una 400 avas parte del escudo que vale 2 francos 40 céntimos. Pero la miseria es tal que se ha de recurrir á monedas tan ínfimas: no se puede gastar más; el mercader no halla medio de vender más caro. Todavía por debajo del maravedí hay dos monedas, de las cuales la una vale cerca de uno de nuestros milimos. Las dotes de las jóvenes se cuentan por maravedís (4).

Las naves se llevan el trigo para abastecer las guarniciones de la costa de Africa (5): la riqueza reunida en el comercio ó en los beneficios eclesiásticos es poco más ó menos improductiva. No se deposita como entre los burgueses flamencos ó los señores italianos en las arcas de los banqueros; al contrario, se ha visto á las córtes suplicar á Felipe II (6), que destierre lejos de España á todos los banqueros por ser la más peligrosa peste; los súbditos están roídos por las usuras é intereses de los banqueros. Los genoveses han presentado ya esta tempestad y están á punto de retirar diestramente su dinero y ver de enviarlo á Francia, Italia y otros países.

El español enriquecido no sabe más que colocar su dinero en propiedad territorial, en renta constituida; y aún nota que desde que los pon-

(1) Viaje de Felipe II á Inglaterra, prólogo de D. Pascual Gayangos, pág. 18.

(2) Ibid. pág. 107.

(3) Lope de Vega, la *Dorotea*, acto V.

(4) La dote de la mujer de Cervantes asciende á 182,297 maravedises, ó sea algo menos de mil y cien francos (Véase Merimée, *Noticia sobre Cervantes*). La equivalencia de las monedas se indica por Cabrera, pág. 49:

La blanca	vale	2 cornados
El maravedí	»	2 blancas ó $\frac{1}{2}$ de céntimo
La terja de plata	»	20 maravedises
El real	»	34 maravedises ó 26 de nuestros cént.
El escudo de oro	»	400 maravedises.

(5) Doc. inéd. tom. XXVI, p. 468, Felipe á Carlos V. 9 de julio de 1545. «Por falta de pan en este reino, no se pudiendo hacer la provision que conuernia para Bugía, aunque de acá se envían agora 6.000 hanegas.»

(6) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 10,751, f. 600. Forquevaux al rey, diciembre de 1566.

tífices Calixto II y Martin V declararon que tal colocacion no es el préstamo ilícito á usura, la tierra ha favorecido los deseos y las fatigas del labrador (7); pero no echa de ver que grava el suelo y arruina á la clase agrícola. A veces se contenta con acumular en sus arcas el oro que ha recogido. «Son aficionados, dice un viajero (8), á sacar de sus arcas y comerse el capital, y así poco á poco consumen lo que han reunido con tanto afán.» Suele suceder tambien que un robo afortunado hace desaparecer de repente las economías de una vida entera (9).

Así todo se combina para arruinar á España: el capital no es productivo; la tierra está cargada de censos; menospreciada la industria, queda abandonada á los incapaces; las ricas minas de Guadalcanal se hallan casi destruidas por la ignorancia de los ingenieros que dejan que las inunden las aguas pluviales (10); los tejedores de seda y lana, que al advenimiento de Felipe II, tenían en Sevilla hasta diez y seis mil telares, no tienen ya más que cuatrocientos á la muerte de su hijo (11); la *mesta* ó asociacion de ganaderos poseía siete millones de cabezas, cuando Felipe II tomó las riendas del poder, y sólo tiene á su muerte dos millones (12). Durante su reinado, la poblacion de España ha disminuido la quinta parte, ó sea de diez millones de habitantes á ocho (13). En esta progresiva decadencia la celeridad es tal, que desde 1566 las córtes de Castilla declaran los recursos del reino insuficientes para las cargas ú obligaciones que de él se exigen; y en 1579 las mismas córtes pierden hasta la esperanza de mejoría. Tal es tambien la opinion del rey, que dice en 1575: El desórden de las rentas es irremediable: tengo cuarenta y ocho años, ¡qué vejez me espera! La vejez llega y no sé cómo vivirá mañana; ni sé cómo vivo hoy con el despecho que me dan estos cuidados (14). Las riquezas del nuevo mundo sostienen la política exterior; pero contribuyen á arruinar más y más á España, trayendo la depreciacion del numerario, la elevacion de la mano de obra y el abandono momentáneo de

(7) Cabrera, tom. I, pág. 49.

(8) Ms. Bib. nac. franc. vol. 24, 195.

(9) Véase en *Guzman de Alfarache* la muerte del Comendador.

(10) Ms. Rec. of. n.º 1353, Challoner to the queen, 18 setiembre 1559. «The spanish miners have well nigh destroyey through ignorance how to shift the rain-water the mine.»

(11) Don Pedro Rodrigo Campomanes, *Discurso sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento*, 1775, tom. II, pág. 472; Ustariz, *Theor*, 1724, cap. VII.

(12) Ranke, pág. 240 de la traduccion francesa.

(13) Cánovas del Castillo en el *Diccionario de política de BARCA Y SUAREZ*.

(14) Cánovas del Castillo, Prólogo al libro de don Gaspar Muro, *La Princesa de Eboli*.

las minas: las minas de mercurio, por ejemplo, dejaron de explotarse en grande escala desde 1574, porque los sulfuros americanos de Guancavélica suministraban el mercurio necesario para el Potosí. Ni España podía tampoco bastar al esfuerzo militar que se exigía de ella: no era fecunda más que en soldados, y tuvo que tomarlos de toda Europa, de Africa, del nuevo mundo, sin tener nunca tiempo para reparar tantas pérdidas.



Monedas españolas del reinado de Felipe II

importancia real en la vida de la época: comían á costa de las cortesanas y bebían de la generosidad de los grandes señores, de cuyas venganzas se encargaban; llevaban encerado el mostacho, el sombrero con grandes alas, colete de ante, medias de color, un lazo en las ligas y lengua tizona (1). El marqués de la Favara no salía nunca sin una cuadrilla de hasta veinte rufianes, bien armados de pistolas en disposicion de romperles los huesos á todos los transeuntes (2); el duque de Pastrana empleaba una docena de estos hombres que cortaban las narices á cuantos le desagradaban á su paso y aún á los oficiales; la princesa de Eboli tenía tambien á su devocion espadachines de estos, y una vez hubo de despedir de su servicio á uno que no había sabido matar más que un hombre en toda su vida. Un día que estaba yo desocupado, declara un criado en un procedi-

miento judicial (4), me preguntó el mayordomo si conocía á algun paisano mio que quisiera dar una puñalada bien pagada. Le contesté que se lo propondría á un mozo de mulas, amigo mio, y hecho así, aceptó el amigo. Pero supe que se trataba de un personaje de cuenta, y dije que no era caso para contentarse con un mozo de mulas. Así, pues, no se salía nunca á la calle sin llevar una rodela del diámetro de un plato (5), que se colgaba del cinto, y en pendencia se tenía en la mano izquierda para parar los tajos.

En cuanto á la justicia, parece haber sido singularmente venal. Cuando los hombres de ley son mal recompensados, rechinan más que las ruedas de un carro (6). Los chistes son inagotables sobre este punto: tan cierto se está de verlos siempre aceptados sin reclamacion. Aquí estoy, señor, por falta de diez ducados, dice un galeote (7); si hubiera podido echar

(1) Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*.

(2) Véanse los apéndices del libro de D. Gaspar Muro, la *Princesa de Eboli*, núms. 128, 139, 141. Carta del duque de Medina Sidonia. «Estúvose con más de veinte rufianes que trajo consigo, y todos públicamente con pistoletes y sacos de malla, y que han de romper y matar á todo el mundo.—Mandó cortar las narices al alférez Medrano.—Vendo un hombre por su camino, salyan á él doce soldados y le cortaban las narices.—Despidió uno por sólo que no había muerto más que un hombre en toda su vida.»

(3) Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*: «Gente ociosa, corrilera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas.»

(4) Mignet, *Felipe II y Antonio Perez*, Declaracion de Antonio Enriquez, pág. 44.

(5) Merimée, *Vida de Cervantes*. La princesa de los Ursinos refiere que cuando acompañaba al rey á la cama de la reina, llevaba la rodela, el vaso de noche y la espada del rey.

(6) Cervantes, la *Ilustre Fregona*.

(7) Id. *Don Quijote*, 1.ª parte, cap. XXII.

algun oro en la faltriquera del relator ó en el tintero del escribano, estaria á estas horas divirtiéndome en Toledo, en medio del Zocodover. Los viajeros y los refranes están de acuerdo con los escritores. «Más vale el favor que la justicia y la razon,» dice el refran; y añade el viajero: «Es cosa que espanta la justicia de España, pues por una fruslería llevan á uno preso sin que pueda salir de la cárcel sino á fuerza de dinero (1).» Los extranjeros son las víctimas preferidas por los jueces españoles, como los más capaces de pagar: los embajadores están abrumados de reclamaciones por barcos apresados con sus cargamentos bajo los más ridículos pretextos. El inglés descubre desde luego un medio de dominar á los jueces, «y es procurarse el apoyo de un favorito cerca del rey y ofrecerle una comision á costa del barco: por ejemplo, prometámosle cuatro ó cinco mil ducados para que obtenga del rey lo apresado y nos restituya la diferencia (2).»

Pero no es el dinero el único medio de accion en la justicia española de aquella época: un pintor, Pedro Villegas, que habia alquilado una casa á una mujer enamorada, no pudo ni cobrar los alquileres ni obtener una providencia contra la dama (3). Bien que estas diversas variedades de corrupcion revelen la bajeza de los sentimientos, se prestan sin embargo á la risa más que los demás vicios de los jueces culpables. No se indigna uno de ver á Cervantes hacer decir alegremente á una gitana (4): «Tres veces me he visto á punto de ser públicamente azotada: la primera, me libró un poco de dinero; la segunda un collar de perlas; la tercera cuarenta monedas de á ocho reales: con un doblon de dos caras, la severa cara del juez se puso risueña.» Sí que se indignaria uno si hablara con semejante ligereza de los jueces que se dejan llevar de las pasiones del sectario ó de los que pronunciaban las sentencias inspiradas por Felipe II.

Esta falta de justicia y seguridad obligaba á defenderse por sí mismos ó á buscar un protector. Los hábitos por otra parte, como los episodios de la vida ordinaria, mantenian la aspe-

(1) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 24,195. Viaje de tres jóvenes á España, 1654. Narracion muy curiosa. Estos viajeros que se llaman holandeses, son probablemente hugonotes franceses: los compañeros del autor, que no se nombran, son MM. de la Platte y d'Espic.

(2) Ms. Rec. of. n.º 545, Challoner to John Hawkins, 5 de julio de 1564. «To procure some favourite about the king to ask the whole as a forfeit... and be bound to render to his factors the rest.»

(3) Doc. inéd. tom. XLI, pág. 411, Arias Montano á Zayas, 10 de noviembre de 1579.

(4) Cervantes, *La Gitana*.

reza de las costumbres. En la costa se corre el riesgo de ser cautivado por los corsarios, y la costumbre de maltratar á los esclavos encruelce el alma de los que vuelven enriquecidos de América. Allí se han visto dueños de criaturas de una raza inferior, privadas de vigor y de energía; han arrancado de sus campos á estos pobres séres para obligarlos á buscar oro en los lechos de los torrentes, y á fuerza de castigo y privaciones los han hecho sucumbir sin esperanza, miéntras sus abandonadas familias se morian de hambre. Los que vuelven de las grandes guerras de Europa se han encruelcido tambien en los horrores de las ciudades saqueadas y en las brutalidades ejercidas con los prisioneros para sacarles buen rescate; á veces se retienen los niños como esclavos. En la toma de San Quintin pereció el señor de Creseques, y su hijo fué llevado á los Países Bajos. En vano reclamó á su hijo la madre: no pudo recobrar la prenda de su corazon. Consigue interesar en su dolor al duque de Guisa y este imagina poner, como en rehenes, en sus manos uno de los ingleses que habia hecho prisioneros en Calais. «No es racional, dice el embajador inglés, que la señora de Creseques se vengue en un niño inglés de que un español quiera seguir siendo dueño de su hijo (5).» Sucede esto muchos meses despues de la paz, y no se trata de míseros plebeyos, sino de hijos de nobles, protegidos el uno por la reina de Inglaterra, el otro por el duque de Guisa.

Para hombres hechos á tales espectáculos no hay ya mejor divertimento que las lidias de toros, ó las farsas que pintan bien las palizas, los sufrimientos de la carne, las contusiones sangrientas. Don Quijote, un viejo, y Sancho Panza, un pobre hombre, son eternamente apaleados, manteados, derribados por tierra; y aún esta brutalidad está en una obra maestra, se pinta por un artista consumado y se hace agradable á fuerza de gracia y buen humor. Pero si se estudian las demás novelas de la época (6) se ve que para descansar de las durezas de la vida real, era preciso enseñar greñas llenas de miseria, espaldas desgarradas por la vara, pechos negros y velludos, piés cubiertos de inmundicia; minucias todas de la decrepitud y de la suciedad. Eran menester viejas impúdicas, vasijas rotas en la cabeza de los traseuntes, se-

(5) Ms. Rec. of. núms. 1342, 1343, 1346, 1355.

(6) *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *Guzman de Alfarache*, *Marcos de Obregon*, *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, *La Garduña de Sevilla*, *La Pícaro Justina*, etc.

ñores que apalearan á sus criados, hechiceras que atrajeran á sus guaridas á las doncellas. Gustábase de ver á los enamorados caer de un balcon y romperse la crisma en el suelo, á las cortesanas pagar un beso con una puñalada, á los alguaciles repartiéndose el botin con los bandidos, á las princesas llorando en brazos de un turco. El escritor elegia el sentimiento más fuerte y lo expresaba con la mayor hipérbole: si una doncella está apenada, no hay sino arrancarse los cabellos é hincarse las uñas en las mejillas; y si sobrecogida de sorpresa, luego al punto se desmaya. El hombre que quiere expresar su amistad hace donacion de todos sus bienes, y cuando monta en cólera, viene á dar en la demencia: el honor es tan receloso que la afrenta al deudo más lejano mancha á una familia entera, y hay deshonor en satisfacerse con disculpas.

Pero aún en estos excesos hay tanta altivez, tanto ingenio, tanto calor, tal y tanta aversion á toda vileza, sobre la gallardía de la expresion, que no puede uno permanecer insensible á esas ideas de exaltacion en la abnegacion ó en el odio. Si se encuentra en tales costumbres más orgullo que decencia, más heroísmo que honradez, no han dejado de contribuir á levantar el nivel moral de la raza, y de ofrecer tambien un ideal, cuyo modelo y concepcion no han encontrado nunca los escritores de nacionalidad alemana. Los romanceros y los cantares acaso enseñaban desde la infancia á subordinar al pundonor toda idea y toda pasion. El honor era puesto á la vista á cada instante por medio de ficciones, muy á menudo extravagantes ó crueles, pero siempre con una tendencia sostenida á la exaltacion de sentimientos (1). Aparte del dinero, somos tan nobles como el rey, dicen los españoles de pura raza (2). Y se ve á un zapatero, cuando suelta su lesna y su horma y se cuelga su espada y su puñal al lado, que apenas se quita el sombrero para quien le da obra que hacer; ni se puede hablar con el más humilde sin darle todos sus títulos honoríficos (3). La

(1) La inspiracion es la misma en toda la literatura de la época. Por debajo de Cervantes, que nació en 1547, hay que poner, entre los escritores del siglo XVI, á Lope de Vega (nacido en 1562) cuya prodigiosa fecundidad le permitia decir: «He escrito novecientas comedias, y doce tomos de prosa y de verso»; á Hurtado de Mendoza (1503), cuya *Guerra de Granada* es una de las mejores obras de historia que se hayan escrito en ningun país; á Santa Teresa, cuyo estilo es preciso y ardiente; y á los poetas Fray Luis de Leon y Herrera. El historiador Mariana, que nació en 1536, no deja de tener valia, al decir de los que han tenido la paciencia de leer todas sus obras, como Pi y Margall.

(2) Brantome, *Bravatas españolas*: «Somos hidalgos como el rey, dineros ménos.»

(3) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 24,195. *Viaje de los holandeses*.

vida no es nada á costa del honor. Habiendo incurrido un soldado en cierto latrocinio, hubo de ser condenado á la pena de perder una oreja, y él prefirió la de ser pasado por las armas (4). La verdad no es mucho más estimada que la vida y el español «cree que es grandeza de alma mostrarse fanfarron en sus palabra y ademanes» (5). No hay pues que extrañar que si sus hazañas se extienden sólo á un dedo, las estire hasta un codo (6). Se estima de tal modo superior á los hombres de las demás naciones que se considera como el amo donde quiera que se presenta (7); y la afable cortesía del francés le admira tanto como el buen apetito del inglés y del flamenco. Estos hombres, dice, gustan de complacer á los extranjeros, les tienen miramientos y saben alabar y alaban de buen grado las hazañas (8). El ideal del español, al contrario, es el hombre de guerra que tiene talento para el mando y vigor para el combate (9).

No es más que un ideal. Se engañaria ciertamente quien no viera en el español más que estos sentimientos de altivez y predominio. Por debajo de las almas escogidas, se agitaba como siempre en una comunidad humana el mundo de los espíritus mezquinos, prácticos y envidiosos, dominados por los instintos populares, las vulgaridades del buen sentido, las rudas reivindicaciones de la vida material. Los grandes escritores observan este antagonismo, y así como Rabelais puso á Fray Juan enfrente de Pantagruel, Cervantes pone á Sancho Panza al lado de D. Quijote, estudiando el contraste entre los arranques del hombre generoso y las inquietudes del egoísta. Esta preocupacion de las necesidades terrenales estaba expresada por refranes de grosera sabiduría.—Hínchate de aire y producirás viento.—Gloria vana florece y no grana.—Ante reyes y grandes calla, ó dí cosas gratas.

A las veces, esta moral democrática descende á las fórmulas del más repugnante egoísmo.—Más vale vieja con dineros que moza en cabellos.—Aquel es mi amigo que muele en mi molino.—Buena olla y mal testamento.—A poco pan tomar primero.—Al agradecido más

(4) Brantome, *Bravatas*.

(5) *Viaje de los holandeses*.

(6) Brantome.

(7) Marcos de Obregon.

(8) *Crónica de D. Pedro Niño, conde de Buelna*, por Gutierrez Diez de Gamez, su alférez, Madrid, 1782. «Los franceses... honran mucho á los extranjeros, saben loar y loan mucho.»

(9) *Crónica de D. Alvaro de Luna*, Madrid, 1784. «Varones sabios para regir y fuertes para guerrear.»